
Introducción

*A la memoria de
Giovanni Sartori*

La ciencia política es una disciplina que constantemente se revisa y debate a sí misma, que de igual forma reflexiona su relación con otras ciencias. Esto ha provocado la existencia de ensayos, artículos y libros que debaten la disciplina en el mundo, América Latina, México o en regiones específicas del país resultando que el acervo sea muy cuantioso y rico. En la tinta vertida entre el nombre y la cosa: ciencia política, surge una motivación inicial que conlleva debates en los niveles epistemológicos, teórico-metodológico, o bien en los balances de su historia o cómo se inserta y contextualiza en espacios concretos. La ciencia política provoca, en quien tiene vocación hacia ella, la constante y nunca acabada pero siempre renovada cavilación, acerca de qué enfoques o perspectivas imperan o deberían existir en el estudio de lo político, la política y los asuntos públicos.

La ciencia política materializada en la institucionalización dentro de las universidades y centros de investigación se hace tangible en los programas de licenciatura y posgrado, las agendas de investigación y saber cuál es su relación con el Estado y su papel en la sociedad. Con mayor precisión en la discusión de la malla curricular, acerca de cuáles deberían ser los contenidos, qué incluir y qué dejar fuera, así como reflexionar acerca de las prácticas docentes, los mecanismos de titulación e inserción de la disciplina en un contexto específico, ha dado como resultado que no haya consensos unánimes al respecto. Ante esta realidad, el hecho contundente y una conclusión toral es que el debate no deja de refrescarse. No obstante, hay que señalar dos hechos evidentes y contundentes, ya previamente demostrados por varios colegas, la ciencia política está creciendo en número y su impulso está correlacionado con entornos democráticos.

Lo antes mencionado hace que la ciencia política sea quizá la disciplina, a diferencia de otras que únicamente abordan algún aspecto de las temáticas señaladas, cuyos esfuerzos de revisión y autorreflexión en el fondo tengan una cuestión terapéutica. Aunque también se puede decir que hay “política” en la ciencia política, lo cual no se puede negar en la medida que las situaciones conflictivas y las luchas de poder se hacen presentes. Pero a pesar de ello, prevalece el ejercicio crítico y autocrítico, lo que la ha llevado a ubicar los grandes debates en las ciencias sociales. Esas grandes discusiones se tratan de adoptar, adaptar o bien rechazar en la medida que las pretensiones teóricas de la ciencia política son de alcance intermedio. La ciencia política se incomoda con meta-discursos sin evidencia empírica, pero tampoco quiere ser una disciplina ciegamente empírica. La relación entre categoría y dato quizá sea la piedra de toque donde los politólogos tienen un consenso básico y generalizado. De ahí que la discusión acalorada y política, en el sentido *politics* del término, entre blandos y duros, cuantitativos y cualitativos, cosmopolitas y parroquianos, los que abogan por una disciplina con fronteras claras y otros que abogan por la hibridación, ¿ciencia básica o ciencia aplicada?, ¿disciplina o profesión?, es apenas una distinción elemental.

El hecho es que algunas de estas inquietudes están en los artículos que forman parte de este número de *Estudios Jaliscienses*. Los cuatro textos que lo componen delinean cómo se institucionalizó la ciencia política en programas académicos, la formación y titulación de politólogos en el nivel de licenciatura en tres entidades federativas del Centro-Occidente del país, así como algunas prácticas de investigación y conceptualización de la disciplina. Cabe precisar que el esfuerzo realizado por los cuatro colegas no debe ser visto como un pecado de cosificar un fenómeno, al contrario, los debates en los que plantean sus problemas se inscriben en dimensiones más amplias. Se considera el debate nacional y las realidades locales y regionales para valorar las tendencias y problemas que en la práctica se dan. Esto es fundamental, porque cabe aclarar, en el nivel de licenciatura el estudiante tiene el mayor problema existencial que lo acompañará de por vida: ¿se forma en una disciplina o prepara en una profesión? Esta es una cuestión no resuelta de manera satisfactoria, la cual hará que el futuro politólogo siga en el camino, huya, o bien pueda convivir y sortear esta rémora fundacional.

El primer artículo analiza el surgimiento, evolución y perspectivas del Departamento de Estudios Políticos de la Universidad de Guadalajara.

El segundo reflexiona acerca de los programas de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, los retos de la disciplina en esta entidad federativa del país. El tercero documenta cómo diez generaciones de egresados en ciencia política de la Universidad Autónoma de Nayarit han utilizado lo aprendido y cómo entienden tal disciplina en sus investigaciones. El cuarto, también en el contexto del estado de Nayarit, analiza los procesos de titulación e inserción laboral y comprende el impacto social de la disciplina.

Finalmente, agradecemos a *Estudios Jaliscienses* la oportunidad y el espacio para ubicar algunos de estos debates e inquietudes considerando la cuestión local y regional.

Alberto Arellano Ríos
El Colegio de Jalisco